



EL PRESIDENTE DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ZARAGOZA  
Y DE SU INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO»

Luis María Beamonte Mesa

y, en su nombre,

EL VICEPRESIDENTE DE LA INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO»

José Manuel Larqué Gregorio

Se complacen en invitarle a la presentación del libro *La Mesa Eucarística*, obra redactada en lengua latina por Pedro Apaolaza Ramírez, arzobispo de Zaragoza entre 1635 y 1643, traducida al castellano y publicada por la Institución «Fernando el Católico».

El acto tendrá lugar el próximo jueves, 13 de junio, a las 19:30 horas, en el Aula de la IFC (3ª planta del Palacio de Sástago, entrada por Cinco de marzo, 8), y contará con la participación de Jesús Colás, secretario general de la Institución «Fernando el Católico»; Javier de la Victoria, autor de la traducción; Juan Ramón Royo, autor del texto introductorio; y José Abadía, presidente de la A. C. Arbir Malena.

Entrada libre hasta completar el aforo.

Zaragoza, junio de 2013



*Mensa Eucharistica* es una obra en dos partes redactada en lengua latina por Pedro Apaolaza Ramírez, arzobispo de Zaragoza entre 1635 y 1643, y destinada a los predicadores y responsables de la catequesis. Su contenido es una pedagogía sobre el sacramento de la Eucaristía que se apoya en una exégesis alegórica de la Sagrada Escritura, a ejemplo de los Padres griegos y latinos, en un conocimiento amplio de la tradición clásica y en ejemplos de la vida cotidiana. Utiliza un lenguaje afectivo lleno de repeticiones y formas exclamativas alejado del conceptualismo y oscuridad y prefiere la naturalidad y sencillez sin perder el tono retórico que corresponde a una obra orientada a la predicación. Escrupuloso en cuanto a la ortodoxia doctrinal y seguidor fiel de las doctrinas del Concilio de Trento, su intención no es la de entrar en polémicas de escuela, sino la de guiar las almas de los fieles en la comprensión y veneración de la Eucaristía.

«Al lector.

*Así como la condición muy humilde de los padres puede crear algún impedimento a los hijos que aspiran a una situación más noble, oh lector, los seres más próximos deben tomar medidas para que la condición de los hijos más capaces no cause ningún perjuicio a la república. En tiempos de Moisés se recurrió a un juego infantil, una barca hecha de juncos, para que el que había sido colocado allí fuese llevado por las olas a través de la corriente del río, por este azaroso naufragio pasó del vientre de su madre a la nave, del útero materno a ser cobijado por las aguas. La que no había tenido descendencia del rey rescató al niño del agua, lo contempló con admiración.*

*Aquella elegante princesa, que se dignó adoptarlo, mandó que cuidaran al niño con esmero, que le dieran una educación digna del imperio. De la misma manera actúa quien es hoy nuestro rey y príncipe, a quien Dios puso como defensor de su pueblo, y lo nombró caudillo y emperador. Lo mismo que los hijos, también los libros pueden sufrir de la excesiva modestia de sus padres. No es necesario ir muy lejos. Este tratado sobre el venerable Sacramento de la Eucaristía, de Ilustrísimo y Reverendísimo autor, poco preocupado de sus asuntos personales, juez excesivamente severo de sí mismo, estaba condenado a mantenerse en una oscuridad perpetua y a ser devorado por la polilla. Como en el caso de la madre de Moisés, que no quiso que su hijo fuera sepultado por las olas, no uno sino muchos, me rogaron que sacara esta obra del olvido a la luz, pues, por muchas razones, soy persona cercana al autor. Y así esta obra bellísima, con doctrina profunda, de gran altura espiritual, por su belleza de estilo, por su elegante y hermosa distribución y método, incluso por las bellas calcografías que la acompañan y sus tipos de imprenta, me decidí a salvarla de las tinieblas eternas e incorporarla, como luz brillante y perpetua, a la república de las letras universales. Lo hice con gusto, aunque no acabaría satisfecho si en algo ofendiera a mi Ilustrísimo Señor, su autor, no como plagario sino como sicario. Según el dicho de Horacio: Quien mal sirve es como si asesinara.*

*Estoy seguro y esperanzado de obtener el perdón que otorgan los príncipes magnánimos y buenos. Estoy agradecido y satisfecho con la presente edición, a él se la dedico. Esta obra, tan vigorosa, tan elegante, hubiera tenido en boca del autor una vitalidad mayor, un espíritu más noble y mayor gracia. Como el elogio cantado por Homero sobre Néstor: De su lengua fluían las palabras como la miel.*

*Yo al mismo tiempo ruego y te pongo por testigo, oh lector, pues esta obra te la dedico a ti, para que la leas en su nombre, con ánimo benévolo imploro la gracia de mi Ilustrísimo Señor, de la que, según ley divina dependo. Es lo único que puedo aducir en mi defensa. Vale».*

(Palabras al lector, en el Tomo I, p.5).